

## **PREGÓN DEL CORPUS CHRISTI**

**Pronunciado por Mons. Alejandro Arellano Cedillo**

**Claustro del edificio “San Pedro, mártir”**

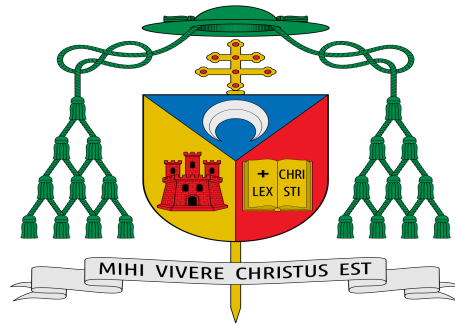
**Universidad de Castilla-La Mancha**

**Toledo, 22 de mayo de 2026**

Excelentísimo Señor Arzobispo de Toledo, Primado de España, Mons. Francisco Cerro Chaves. Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades civiles, militares y académicas, Dignísimas representaciones institucionales, Señoras y Señores.

Agradezco al Excelentísimo Sr. Alcalde de Toledo, D. Carlos Velázquez Romo, por haberme invitado a pronunciar el Pregón que abre la fiesta del *Corpus Christi* de Toledo. Mi reconocimiento y agradecimiento a D. Juan Carlos Fernández-Layos, Presidente de la Junta Pro-Corpus, institución que mantiene esta arraigada tradición en nuestra Arquidiócesis de Toledo.

I. Me presento ante ustedes consciente del peso de la palabra en esta ciudad donde cada piedra susurra el pasado y cada tradición tiene raíces de siglos. En esta tarde en la que el tiempo parece detenerse para rendirse ante la memoria y la esperanza, tengo el privilegio y la responsabilidad de anunciar aquello que nos convoca, nos une y pertenece al corazón de nuestra fe, el tesoro que encierra todo el bien de la Iglesia: la Eucaristía. El Pregón del *Corpus Christi* no es simplemente un discurso, sino el latido compartido de generaciones de toledanos, la evocación de nuestras raíces cristianas más hondas y, al mismo tiempo, la mirada firme de un pueblo al corazón palpitante del misterio cristiano: la Presencia de Cristo en el Pan y el Vino.

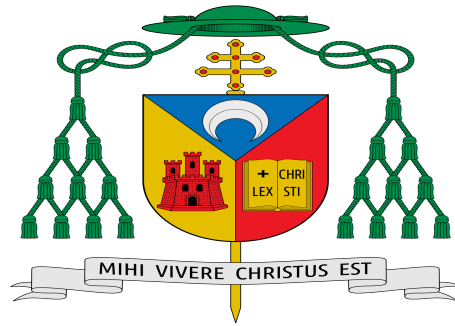


Este año confluyen tres acontecimientos que no pertenecen al simple transcurrir de los siglos, sino al misterio profundo en el que Toledo ha aprendido a recocerse a sí misma; tres momentos que no se acumulan en la historia, sino que se abrazan en la eternidad, como si el tiempo, cansado de correr, hubiera decidido detenerse un instante para contemplar su propia obra: 800 años de la Catedral Primada, cielo hecho piedra; 100 años de la coronación de la Virgen del Sagrario, cielo hecho rostro, y el Corpus, cielo que camina en la tierra.

Hablar del *Corpus Christi* en Toledo no es meramente anunciar una celebración litúrgica, es evocar un misterio que atraviesa nuestra historia, porque ese día Toledo no amanece, se revela como lo que siempre ha sido: altar, custodia y corazón vivo de la fe. No pretendo explicar qué es el *Corpus*, sino únicamente intentar rozar y acariciar el Misterio y dejarme habitar por él. Quisiera que mis palabras fueran un modo de conducir a Cristo a quienes aún no lo han encontrado, a quienes lo han olvidado, a quienes se han alejado de Él, a los decepcionados, a los que han perdido la esperanza, y a vivir de Él nutriéndose con “el pan de vida”.

Permitidme ahora que descienda – si es que en Toledo se puede descender – a un terreno más íntimo, porque cada uno de nosotros guarda su propio *Corpus Christi*. El mío comienza en la infancia: en una mano pequeña aferrada a otra más grande; en el descubrimiento asombrado de un brillo que no sabes nombrar; en esa pregunta muda que todos nos hemos hecho alguna vez: ¿Qué es esto...por qué cuando pasa la Custodia todos callan? Se trataba de una experiencia que no lograbas comprender del todo, pero intuías que era un día grande, el día en el que la ciudad de Toledo parecía dejar de ser tierra para vestirse de cielo. Con los años aprendí palabras como Eucaristía, Presencia real, Sacramento, pero después te das cuenta que hay algo que nunca cambia: el estupor, el estremecimiento, la maravilla.

Aprendí a caminar en esta ciudad custodiado por la Eucaristía, donde el *Corpus* es un misterio que se hace calle, un dogma que se vuelve paso, una fe que se convierte en presencia, ese latido silencioso de Dios en medio de nuestras calles; ese paso lento de la eternidad entre adoquines, tapices, aromas y miradas. Recuerdo que ese día las calles dejan de ser calles y se convierten en dulce expectación; los balcones dejan de ser privados y se vuelven miradores del alma, el aire parece



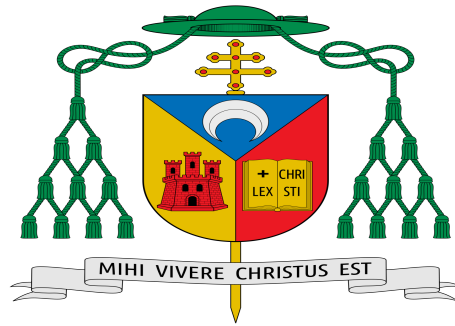
haberse hecho más ligero para poder sostener lo que va ocurrir; recuerdo el olor del tomillo esparcido por las calles, el brillo del oro bajo el sol de mayo o junio, el silencio profundo que se vivía cuando pasaba la Custodia; no un silencio vacío, sino silencio que contempla, adora y ama. Como diría san Juan de la Cruz en el Cántico espiritual era “un no sé qué que queda balbuciendo”. Con los años comprendes que ese “no sé qué” tenía nombre: Presencia real, Misterio eucarístico, Dios que no se conforma con ser recordado, sino que decide quedarse con nosotros.

Quisiera evocar —como quien enciende una lámpara en la memoria— el recuerdo de mi etapa de seminarista. El día del Corpus, en el Seminario, entre muros que han guardado siglos de oración, no era una fecha más en el calendario litúrgico, era un día que se sentía distinto desde dentro, como si algo en el alma supiera que iba a encontrarse con el Misterio en su forma más cercana, más tangible, más humilde...y más infinita; el amanecer tenía otro peso, otra densidad, casi otra eternidad.

En los pasillos del Seminario, aún en penumbra, donde tantas generaciones de sacerdotes aprendieron a escuchar la voz de Dios, despertábamos con una certeza distinta: Toledo se convertía en custodia abierta, el día en que la fe dejaba de recogerse únicamente en el templo para desbordarse por las calles. Bajabas a la capilla, y allí, en el silencio que no necesita palabras, frente al Sagrario, aprendías la primera y última lección del *Corpus*: que todo comienza cuando el hombre se arrodilla ante el misterio del Dios amor, que la grandeza de la procesión nace de la humildad de la adoración escondida, que el mismo Cristo que horas más tarde sería elevado en la Custodia, ya latía, real y vivo, en aquella quietud casi imperceptible.

El Seminario de Toledo —madre discreta de vocaciones, taller paciente de almas— ese día se convertía en areópago eucarístico, espacio de encuentro, diálogo y proclamación de la fe. No enseñaba con discursos, sino con el ritmo callado de una vida orientada hacia el Misterio. Cada campana, cada paso, cada gesto tenía una resonancia distinta, como si todo conspirara suavemente para preparar el corazón al encuentro con Cristo Eucaristía.

Y mientras descendías del Seminario hacia la Catedral, Toledo ya se había transformado: las calles cubiertas de hierbas aromáticas, los altares efímeros, el

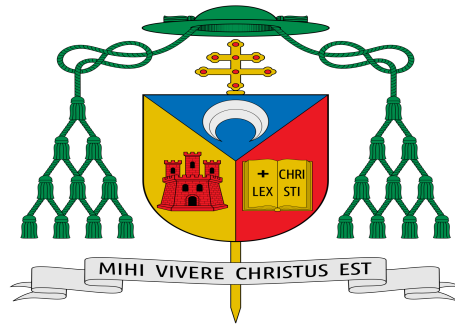


murmullo expectante de un pueblo que sabe —aunque no siempre lo diga— que ese día Dios pasa entre nosotros de una forma única. Entrabas en la Catedral y la Custodia de Arfe se elevaba majestuosa y humilde a la vez, y en ella, el Misterio. No un recuerdo, no una idea, sino Cristo mismo, Pan vivo bajado del cielo, presencia real que se deja llevar por manos humanas para bendecir a todos.

Después te revestías con el alba o la sotana propia del seminarista. Un gesto, tantas veces repetido, adquiriría un sentido nuevo. La sotana o el alba no era solo signo externo, sino memoria viva de una entrega a Dios que hablaba de servicio. Vestirse era, en el fondo, dejarse configurar poco a poco con Aquel que un día posó su mirada sobre nosotros y nos dijo: sígueme. Y entonces comprendías —quizá sin formularlo— que toda tu formación en el Seminario tenía allí su centro y su culmen. Que estudiar, rezar, formarse, todo converge en ese instante: aprender a reconocer, a adorar y, un día, a ofrecer. Porque el Seminario de Toledo no nos preparaba solo para desempeñar un ministerio, sino para ser presencia; no formaba solo ministros, sino hombres eucarísticos, llamados a partirse como el pan, a derramarse como el vino, a quedarse como Cristo en la Eucaristía.

Y, cuando el sol alcanzaba su cenit y el Señor volvía a la Catedral, la ciudad retomaba su pulso ordinario y era el momento de regresar también al Seminario. Pero ya no eras el mismo, algo había sido sembrado en la tierra de tu corazón: una certeza silenciosa, una llamada más clara, una entrega más decidida. Y en la quietud del Seminario, donde todo parece volver a su cauce, queda resonando una verdad que no se apaga: que quien ha contemplado al Señor pasando por las calles de Toledo, ya no puede vivir sino para que Él permanezca. Y en ese instante —tan breve como eterno— comprendes en silencio lo que la teología apenas logra balbucear: que Dios se ha quedado con nosotros hasta el fin del mundo, que el Infinito ha querido hacerse cercano, frágil, oculto bajo la apariencia del pan y del vino. Que la eternidad late en lo pequeño, y que el amor verdadero no se impone, sino que se dona.

Entonces, en la calidez y el silencio de la noche, ante la luz tenue que iluminaba el Sagrario, el alma del seminarista se ensanchaba en un susurro que es oración y promesa: entregarse, como Cristo se ha entregado; amar, como Él ama; consumirse, como el Pan consagrado que no se guarda para sí. Porque como escribió



san Juan de la Cruz, «al atardecer de la vida seremos examinados en el amor». Y todo parece concentrarse en ese instante: en haber aprendido a amar sin medida, a entregarse sin reserva, a vivir eucarísticamente cada latido. Y también resonaban como un eco de eternidad las palabras de san Agustín: «Sed lo que veis y recibid lo que sois». Ser Cuerpo de Cristo, hacerse pan para los demás, dejar que la vida entera se vuelva comunión.

Al final de esta jornada eucarística descubres que tu vocación no es otra cosa que aprender ese mismo lenguaje: el de la entrega silenciosa, el del pan que se parte, el de la vida que se deja consumir para ser vida en otros. Llevas en el corazón la certeza de que en la Eucaristía aprendes que amar es darse, permanecer y caminar junto a los demás, incluso en medio de las dificultades. Y así, con el alma agradecida, concluye este camino sabiendo que el mayor regalo de esta jornada es comprender que el sacerdocio que sueñas —y, en verdad, toda vida cristiana— nace y se arrodilla ante este Misterio.

Pasaron los años, y vuelves a Toledo la víspera del *Corpus*, pero hay regresos que no son solamente un viaje, son una gracia, porque nunca se vuelve igual al lugar donde uno aprendió a reconocer el paso de Dios. Hay momentos en la vida de un sacerdote en los que el alma siente que toca algo eterno, no porque vea grandes cosas, ni porque ocupe cargos importantes, sino porque descubres, de pronto, que toda su vida ha sido conducida silenciosamente hacia un único centro: Cristo presente en la Eucaristía. Roma marcó mi vida para siempre, allí todo habla de la Iglesia que abraza al mundo entero: la cátedra de Pedro, la memoria de los mártires, la continuidad apostólica que atraviesa los siglos; allí el sacerdote aprende que pertenece a algo inmensamente más grande que sí mismo; comprende la solidez de la Iglesia fundada sobre la roca, la belleza de la tradición y la responsabilidad de custodiar la fe para todos los pueblos; allí aprendí a amar a la Iglesia universal, a sufrir con ella, a cargar en el corazón dolores que vienen de todos los rincones de la tierra. Sin embargo, cuando el sacerdote vuelve al *Corpus* de Toledo descubre quizá la lección más profunda: que toda la grandeza de la Iglesia, toda su historia, toda su teología y toda su gloria encuentran su centro en algo aparentemente pequeño y silencioso: un pedazo de Pan donde Dios decidió quedarse para siempre con los hombres. Toledo te

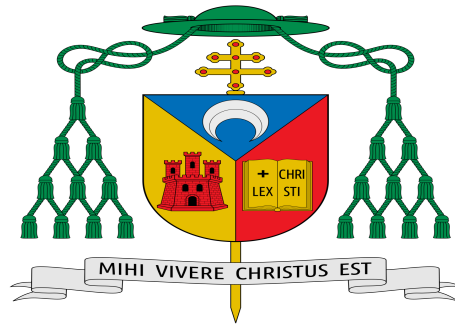


hiere el corazón con el misterio del Amor que permanece; Toledo recuerda al sacerdote por qué vale la pena entregar la vida por la Iglesia universal a la que sirves y que, al final, la Iglesia solo tiene sentido si conduce a Cristo Eucaristía.

En esos días te dispones interiormente para adorar el misterio. En el recogimiento resuenan aquellas palabras de Santo Tomás de Aquino: “La vista, el tacto y el gusto se engañan sobre Ti; pero basta el oído para creer con firmeza”. La fe no descansa en lo que se ve, sino en quien te habla y llama por tu nombre. En ese momento, no te sientes dueño de nada, sino más bien custodio de algo que te sobrepasa.

Para el sacerdote, el *Corpus* no comienza en la procesión, sino mucho antes, en el silencio misterioso de la sacristía. Allí, entre ornamentos y oraciones susurradas, se siente el peso dulce del misterio. Las palabras que después proclamarás en la consagración no son tuyas, sino de aquel que las pronunció en la Última Cena: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros” (Lc 22,19), palabra viva que arde en las manos, que tiembla en la voz, que se hace carne cada vez. En ese instante se hace especialmente claro lo que afirmaba San Juan Pablo II: “La Iglesia vive de la Eucaristía” (*Ecclesia de Eucharistia*, 1). No es una función lo que comienza, es el corazón mismo de la Iglesia latiendo. Ya no vives el *Corpus* como un recuerdo, sino como una herida luminosa en el tiempo, como una certeza que atraviesa la piedra, el incienso, las calles y el alma.

Inicias a caminar hacia el altar como quien vuelve al lugar donde el cielo tocó la tierra y el corazón aprende nuevamente a arder en presencia de Dios. Interiormente eres consciente de que tú no eres el centro, porque quien avanza realmente es Cristo. Como recordó Benedicto XVI: “En la Eucaristía, Jesús se da a sí mismo” (*Sacramentum Caritatis*, 7). Te sientes pequeño y desbordado, caminas detrás sabiendo que no eres guía, sino que sigues al que es Camino, Verdad y Vida. De repente, reconoces que el *Corpus* en Toledo es también un espejo: ves pasar a Cristo entre su gente, y te preguntas en silencio: ¿soy yo también pan partido? ¿soy presencia que consuela, palabra que alienta, gesto que acompaña? Porque no basta consagrar el Cuerpo de Cristo; hay que dejar que ese Cuerpo transforme el mío propio.

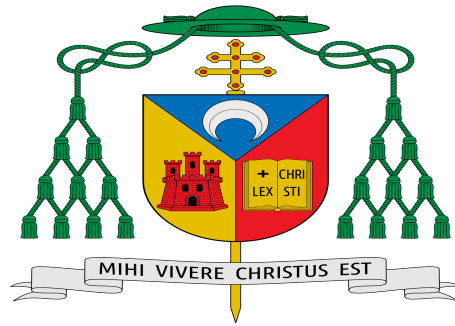


Y mientras avanza majestuosa la Custodia, entre cantos y campanas, el alma del sacerdote se ensancha. En ese instante se comprende que la fe no es una idea, sino una presencia que camina. Que Dios no se ha quedado en lo alto, sino que ha bajado a caminar con nosotros en nuestras calles estrechas, en nuestras historias rotas, en nuestras manos vacías. “Señor, no soy digno de que entres en mi casa” (Mt 8, 8). Y, sin embargo, Él entra, entra en la ciudad, entra en el corazón, entra en tu vida.

Entonces entiendes algo fundamental: la fe no está llamada a quedarse encerrada. No es una fe abstracta, es una fe cercana y concreta, que se mezcla con la historia, que se hace cultura sin perder su esencia. Toledo, en el *Corpus*, no solo recuerda, proclama; no solo celebra, testimonia. Y te das cuenta que en medio de un mundo que corre, que duda, que a veces olvida, hay un día en que el tiempo se detiene, un día en que lo importante vuelve a ocupar el centro. Como decía Romano Guardini, “la liturgia no es un hacer, sino un ser”. Y en el *Corpus*, Toledo “es”: es adoración, es memoria viva, es fe hecha belleza.

Comprendes que la procesión no es solo un acto de culto, sino un juicio suave pero firme sobre tu propia vida, una invitación exigente y luminosa: permitir que Aquel que se entrega sin medida transforme, poco a poco, nuestra manera de vivir. Y si eso ocurre —aunque sea apenas—, entonces la procesión continúa más allá de este día: en cada gesto, en cada encuentro, en cada forma concreta de amar. Y todo se concluye con una pregunta ¿Coincide lo que celebro con lo que vivo? ¿He dejado que Cristo pase también por mi vida, o solo por las calles? El *Corpus* me recuerda que estamos llamados a ser custodia, sí, custodia, no de oro ni de plata, sino de carne y vida; custodia que lleva a Cristo no en procesión anual, sino en existencia cotidiana.

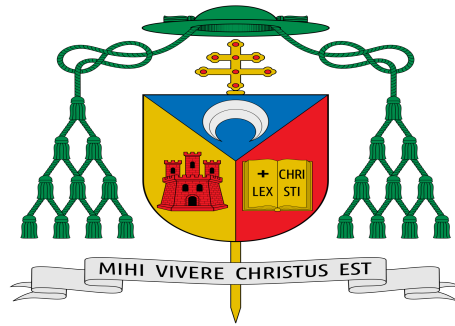
Ver a Cristo el día del *Corpus* me ha recordado por qué dije sí a la llamada del Señor. Me ha traído a la memoria que, más allá de mis sentimientos, de los momentos de aridez, de costumbre, de cansancio, incluso de duda, Él sigue estando ahí, siempre fiel a su promesa, presente en todos los momentos de mi vida, silencioso, pero real. Y entonces entiendo a Pedro cuando dice: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”. El *Corpus*, en consecuencia, se convierte, para mí, en una renovación de mi promesa a seguirle y servirle en mis hermanos.



Hoy regreso a esta ciudad, y al cruzar de nuevo estas calles —estas piedras gastadas por siglos de fe, estas plazas que todavía conservan el eco de campanas antiguas e himnos susurrados por generaciones enteras— siento que no vuelve solamente el obispo, vuelve el hijo, vuelve el creyente, vuelve el hombre que necesita otra vez encontrarse con Cristo vivo en medio de su pueblo. Y qué pequeño se siente uno ante el Santísimo Sacramento. Qué inútiles parecen los títulos, los honores, las palabras humanas, cuando el Señor decide quedarse escondido en un trozo de pan. Ahí está el escándalo más grande del amor de Dios: no conquistó el mundo desde la fuerza, sino desde la fragilidad eucarística. El Omnipotente eligió hacerse alimento, el Eterno aceptó depender de nuestras manos, el Rey del universo quiso exponerse al rechazo, al olvido y hasta a la indiferencia, con tal de permanecer cerca del hombre. Eso es el *Corpus Christi*: Dios diciendo: “No me he cansado de vosotros” aunque la fe vacile, aunque las iglesias se vacíen, aunque el hombre moderno crea poder vivir sin Dios. Y hoy, al volver a Toledo, en calidad de Pregonero, pienso en tantas generaciones que nos precedieron: santos anónimos, madres que enseñaron a persignarse a sus hijos, sacerdotes que sostuvieron la fe en tiempos oscuros, ancianos que murieron pronunciando el nombre de Jesús, jóvenes que entregaron su vida anunciando la verdad del Evangelio.

Confieso que como obispo siento también una herida interior, porque conozco el dolor de esta época; veo la soledad escondida detrás de muchas sonrisas; veo jóvenes que han aprendido todo, excepto el verdadero sentido de sus vidas; veo familias rotas; veo hombres llenos de ruido y vacíos de eternidad. También hay noches en las que el peso de la Iglesia a la que sirvo en Roma parece demasiado grande, silencios de Dios que duelen, momentos donde uno se pregunta si la humanidad aún escucha la voz del Evangelio. Y, sin embargo, cuando Cristo Eucaristía pasa, algo dentro del alma humana todavía tiembla, porque hemos sido creados para Él. San Agustín lo comprendió cuando exclamó: “Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti”. La Eucaristía es precisamente eso: el descanso de Dios dentro de la herida humana.

El Señor sigue llevando a su pueblo cansado a través de la historia; Él sostiene nuestra fe cuando apenas queda una chispa, protege nuestras familias cuando todo



parece quebrarse, salvaguarda a su Iglesia incluso en medio de sus heridas. Y, por eso, hoy quisiera pedirles una sola cosa: No dejéis solo a Jesús, volved a la Eucaristía, volved al silencio, volved a la adoración, volved a mirar a Cristo sin miedo. Porque un pueblo que pierde el amor por la Eucaristía termina perdiendo el alma. Y yo sueño —como obispo y como hijo de esta Iglesia— con una ciudad que no sea solamente admirada por su historia, sino incendiada otra vez por la santidad. Sueño con sacerdotes enamorados de Cristo, con jóvenes capaces de arrodillarse ante el Señor sin vergüenza, con familias que se unen para orar, con pobres que encuentren consuelo en nuestras manos, con una Iglesia menos preocupada por parecer fuerte y más preocupada por amar de verdad. Eso fue, es y será para mí el *Corpus Christi*: la victoria humilde del Amor.

II. En esta hora íntima y evocadora del atardecer dejémonos invadir por la Eucaristía. Nadie debe sentirse excluido: aquellos dotados de una fe ardiente y quienes la custodian como una pequeña llama; aquellos que buscan la verdad y quienes son atraídos por la belleza; aquellos que perciben el misterioso llamado del espíritu y quienes simplemente tienen un corazón lleno de bondad. ¡Hay lugar para todos! Es como si, idealmente, este Claustro se expandiera sin límites y reuniera la humanidad de los hombres: sus alegrías, pero también sus dolores; los tormentos de la violencia y la pobreza del mundo, pero también la profundidad de la luz presente en cada corazón; las fatigas y los pesos de toda existencia, tal vez los temores, pero también los sueños de un futuro mejor.

La Eucaristía es verdaderamente un «misterio de fe», un misterio porque los ojos del cuerpo ven una pequeña hostia blanca, pero los ojos del alma perciben la persona de Cristo. El mundo a menudo no lo reconoce, lo olvida, lo rechaza; pero lo necesita desesperadamente. Cuanto más aumentan las posibilidades materiales y más saciado se siente el hombre, más confundido se percibe, más angustiado por su futuro, perdido ante el misterio de la vida y la muerte. Más necesita a Cristo.

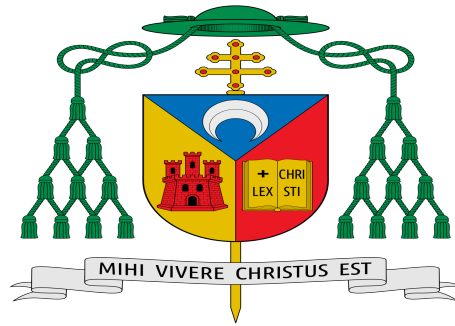
Ante este misterio, todo se reúne, recibe luz, se abre inesperadamente a un nuevo horizonte. La Eucaristía es, en efecto, el misterio de la debilidad y el poder de Dios; de su obstinada pasión por el hombre, de su incansable búsqueda de lo perdido o herido, de su deseo de permanecer con nosotros, en la casa del hombre. Jesús eligió



un lugar muy pequeño, despejado e imperturbable —un fragmento de pan, un poco de vino— solo para permanecer en nuestra morada, casi en un rincón, el sagrario: ¡solo para estar «allí», para estar con nosotros, cerca de nosotros. Y así continuar, como un día en la cruz, dándonos su vida, su fuerza, para que no flaqueemos en nuestra peregrinación humana. ¿Cómo no sentir conmoción en el corazón cuando contemplamos la Eucaristía? ¿Cómo resistir el estupor que adora y bendice un amor tan obstinado?

Es a través de la Eucaristía como Dios toca la existencia y entra en tu ser; es en la Eucaristía donde el amor encuentra su plenitud; con ella, la soledad, tanto de Dios como del hombre, se vence para siempre. Por eso la vida misma pide convertirse en Eucaristía, en comunión. Y esto también significa asumir, día tras día, la apariencia devastada de aquellos que el Señor ha puesto a nuestro lado, y asumir su dolor y marginación como si fueran propios. Y es, sobre todo, a través de las heridas de los demás, espejos de mis propias heridas, como puedo ver la luz que señala el camino. Ni siquiera Jesús quiso ocultar sus heridas. Son heridas que no hubiéramos esperado, quizás convencidos de que la resurrección las sanaría, las borraría para siempre, pero no, las heridas permanecen, para siempre. El amor escribió su historia en el cuerpo del Nazareno con la escritura de las heridas: amor imborrable, heridas que no se pueden cancelar. Pero luminosas, de las heridas del resucitado ya no fluye sangre, sino luz. Entonces comprendemos que el corazón herido con sus cicatrices puede volverse más capaz de amar y sanar; todos podemos convertirnos en sanadores heridos. Precisamente a través de esas heridas, que parecían golpes duros o sin sentido en la vida, nos volvemos capaces de comprender a los demás, de acudir en su ayuda, de navegar las mismas tormentas.

Es la gran lección que aprendemos cada día: la vida frágil no se condena, el hombre no se rompe. Es el cielo el que se rompe, el que se abre, el que se lacera. Dios no condena la fragilidad, sino la hipocresía de los piadosos y los poderosos. ¡No castiga nuestros inviernos, sino que exhala su primavera! Porque el hombre no coincide con sus pecados, ni la vida con sus fracturas. Pienso en el icono de la Última Cena, una imagen de una comunidad de discípulos que construyen juntos un hogar, una fraternidad, que crean una Iglesia que no excluye, sino que incluye, donde



coexisten la cizaña y el buen grano. Una Iglesia como una mesa de familia; allí, Jesús lava los pies de sus discípulos. Todo parece muy simple, pero es inmenso: el servicio al hermano es la esencia misma de la Eucaristía; celebrarla es, ante todo, despojarnos de todo y tomar la existencia humana en nuestras propias manos; es abrazar el dolor y la alegría, la violencia y la dulzura, la carne y la sangre y transportarlas al otro lado. Porque se trata de cruzar una frontera, entrar en una tierra nueva, sembrar las semillas de la transfiguración.

Decir en las celebraciones que el Dios de Jesucristo es el Dios de los hombres, de los débiles, de los pobres, exige la valentía de la coherencia. Requiere la fuerza de repetir las mismas cosas fuera del templo, testigos oculares del gran mensaje que el Espíritu nos da y nos transmite; es el mensaje que nos invita a salir a la luz, a emerger de nuestra prudencia y nuestras cómodas certezas. Solo cuando la fe emerge de las sacristías, al servicio del hombre, en nombre del Evangelio, recuperando la gracia de la claridad, sin empañar las palabras finales por temor a una vida tranquila, es creíble. La Eucaristía, en el contexto de la Última Cena en la que se nos dio este signo, se convierte en una invitación a reconocer nuestra necesidad de lavarnos los pies unos a otros, inspira cercanía, el cuerpo se ofrece, la sangre se derrama, la ley de la existencia es el don de uno mismo.

¿Cómo traducen las obras de la Iglesia la contemplación y la adoración eucarísticas, y nos ayudan a ver la presencia real de Jesús en tantas personas vulnerables? Como sugiere la pregunta de Jesús al final de la parábola del Buen Samaritano, no se trata de saber quién es mi prójimo, sino de acercarme al hombre herido. Ante Jesús, que se entrega en el pan y el vino eucarísticos, me veo obligado a abandonar mi visión estrecha, limitada a lo que entiendo y puedo comprender. Así, en presencia de otro que suscita en mí desorientación, debo cambiar mi mirada y descubrir, en el rostro del otro, la belleza de la criatura de Dios, hecha a su imagen, el esplendor de aquel por quien Jesús dio su cuerpo y su sangre.

Moisés al acercarse al monte de Dios, le oye decir: «Quítate las sandalias... porque el lugar donde estás es tierra sagrada» (Éxodo 3,5). ¿Acaso despojarse de las vestiduras y quitarse las sandalias no es la invitación de Dios, presente hoy en la Eucaristía, a dejar de lado todo prejuicio, toda desconfianza, todo estereotipo sobre la



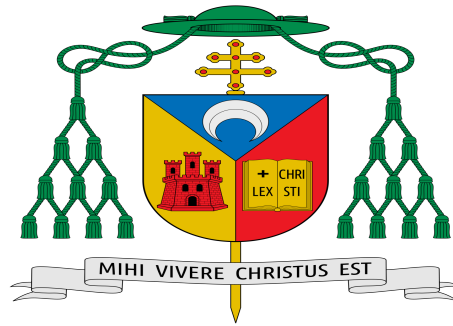
diversidad, toda barrera que nos aísla, toda superestructura mental e ideológica? El otro es tierra sagrada. Acércate a él con suavidad, descalzo, con devoción.

La zarza ardiente no solo está allá arriba, en la cima del Horeb, hay una zarza ardiente en cada ser humano, una zarza que arde, pero no se consume, una zarza ante la cual debemos descalzarnos de verdad, quitarnos las sandalias y lo que simbolizan: la renuncia a toda forma de dominación y supremacía. Debemos entrar en el mundo interior del otro, descalzos, como sobre brasas ardientes. Hay que conocer al otro en su historia, sus itinerarios, sus heridas y sus esperanzas. El estilo eucarístico consiste precisamente en acercarse a él con una mirada diferente, más allá de la primera impresión, con ojos «contemplativos» y un corazón abierto, sintiendo y mirando a los demás con la antena de mi propia fragilidad, de la pobreza que he experimentado.

Es en nombre de esta fidelidad por lo que Dios se convierte en mendigo, en búsqueda de una humanidad herida y humillada por la mentira y la división. Es en nombre de esta fidelidad por lo que el Dios de la luz se hace Misterio presente en la historia: Misterio luminoso para que el hombre pueda discernir si su corazón está abierto a la novedad que Cristo nos trae. Nunca dejaremos de arrodillarnos, sobrecogidos por la maravilla del Dios fiel; nunca dejaremos de vivir en adoración, envueltos en la maravilla de Dios con nosotros.

¿No es acaso este Misterio el que primero se acercó a Mateo, "sentado en la mesa de impuestos"? ¿No es acaso Cristo que pasa a encontrarse con la mirada de un hombre rico, exitoso y acomodado, pero secretamente infeliz y esperando encontrar la novedad que lo rescate de la mediocridad de sus días? Ese Mendigo inesperado, pero largamente atendido viene a su encuentro y se convierte en una palabra decisiva y sencilla: "Sígueme". Y la vida de Mateo cambia para siempre: "Se levantó y lo siguió". Mateo también se convierte en mendigo, su mendicidad es su discipulado siguiendo al Maestro, quien de repente aparece como la verdadera razón no solo del mundo, sino de su corazón, de su pequeña pero única historia; aparece como la luz en su grisura, la grandeza en su mezquindad.

Nuestra historia también se podría describir aquí. Esta historia tiene un comienzo diferente y personal para cada uno de nosotros: no debemos perder la



memoria para renovar su gracia, no debemos temer el olvido que sigue a la muerte, sino el abandono de la gracia, porque ésta extingue la vida, la posibilidad de vivir en la frescura de cada momento. Por esta razón, debemos renovar nuestra escucha cada día a esa invitación —«sígueme»— que Jesús nos dirigió: una invitación tan breve y delicada como una brisa, pero tan abrumadora como un torbellino.

Ahora bien ¿cómo podemos volver a escuchar esa voz que —de repente o gradualmente —cambió nuestro camino? Debemos volvernos hacia nuestro interior y buscar en silencio, para dejar que la palabra de amor resuene, sabiendo que la venida de Cristo es tan segura como el amanecer. ¡Escuchad de nuevo la voz del gran Mendigo que nos habla cada día y nos invita a seguirlo! Podéis escuchar en soledad, pero también podéis escuchar juntos, en esa gran compañía que es la Iglesia, como sucederá el día del *Corpus Christi*. Juntos, en la procesión, vuestros corazones se expandirán, llegando a ser una sola cosa, como sucede alrededor de un altar; la atención de cada persona será sostenida por el cuidado de sus hermanos y hermanas; el deseo de escuchar de nuevo «venid, seguidme» crecerá y se volverá más convincente, y así la capacidad de escucharlo y responder generosamente. Esta es la Peregrinación que expresa conmovedoramente nuestra condición: «El hombre es un mendigo para Dios», afirmaba San Agustín (Sermones, 56).

La Eucaristía es la respuesta al deseo de felicidad plena y de amor eterno, es precisamente este don, donde la Palabra se hace Carne y Sangre, Pan que nutre de gracia la vida, principio y fuerza de un modo de estar en el mundo. Entrar en el dinamismo eucarístico significa dejarnos moldear por Cristo, encomendarnos a su amor obediente y dejarnos guiar por el Espíritu. Comer este Pan no puede, por tanto, reducirse a una costumbre ni a un gesto de amistad fraterna, significa abrirnos a Aquel que es tan grande que se hace tan pequeño, significa convertirnos en la gota de agua que se vierte en el cáliz de vino hasta redescubrirnos en el misterio de Dios, capaces de nuevas relaciones con todos.

*La Eucaristía es la escuela de la acción de gracias.* La Cena del Señor nos prepara para vivir toda nuestra existencia en un espíritu de acción de gracias, adoración y ofrenda, ayudándonos a relacionar todo con Dios como primera fuente y

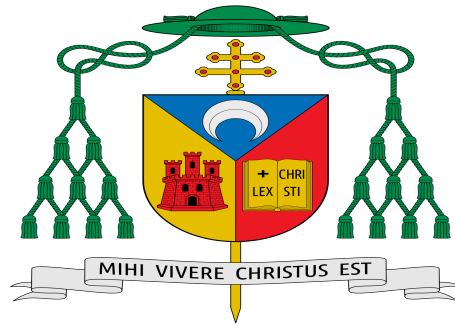


patria última, y abriendo nuestros corazones para acoger el don de la gracia, que procede solo de Él.

Donde no hay gratitud, el don se pierde; donde la acción de gracias se experimenta verdaderamente, se vuelve plenamente fecunda. En una época como la nuestra, donde la prosperidad generalizada nos lleva a creer que todo se nos debe y que todo bien que disfrutamos se da por sentado (y esto también está muy extendido entre nosotros...), aprender a dar gracias es fundamental. Quienes dan gracias reconocen que son amados. Dar gracias es bello, dar gracias es alegría; por lo tanto, quienes participan de la Eucaristía y la viven plenamente aprenden a ser más ricos en humanidad y amor, porque aprenden a dar gracias al amor que Dios les da.

*La Eucaristía es la fuente de la esperanza.* El memorial que Jesús confía a su Iglesia se presenta como una Eucaristía de esperanza, una apertura al futuro prometido por Dios. Esto confiere a la misión de la Iglesia una doble tarea: primero, ser siempre una proclamación de la venida divina y, por lo tanto, una fuerza subversiva del presente, una conciencia crítica de los asuntos humanos. En segundo lugar, celebrar el memorial de la esperanza en la vida significará para la Iglesia proclamar constantemente su propia temporalidad, consciente de ser el Reino comenzado, de vivir en el tiempo «penúltimo», el tiempo entre el «ya», realizado en la Pascua de Cristo, y el «todavía no», prometido para su regreso.

En este contexto, la renovación cultural y social que tanto necesitamos se presenta como fruto de la mayor esperanza, capaz de constituir una reserva crítica frente a los logros mundanos miopes y de sostener el compromiso con una reforma continua. Esta reforma, sin embargo, no se conforma con los logros del pasado, no sucumbe al éxtasis de la satisfacción ni a la seducción de las posesiones, sino que vive la búsqueda constante de un bien mayor para todos. La vigilancia crítica que el pan eucarístico exige de los peregrinos de Dios en su labor de servicio a la renovación de la cultura y la sociedad no admite descuentos ni excepciones. La lógica eucarística que inspira la renovación social en la visión de la fe tiene un alto precio: solo así es digna de una tarea como la encomendada a la Iglesia, que jamás debe olvidar las promesas de Dios ni las más auténticas esperanzas de la humanidad.



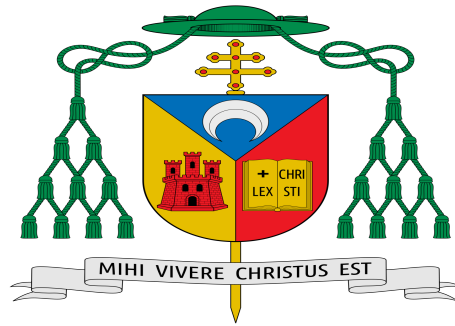
La *Eucaristía es la escuela del amor*. La Eucaristía es el sacramento de la unidad de la Iglesia, signo e instrumento de la reconciliación divina, fuerza para sanar toda herida y, por lo tanto, fuente y motivación del compromiso con la caridad y la justicia, al servicio de la unidad y la paz de la familia humana. Este compromiso debe ser muy concreto y, por consiguiente, se realiza ante todo en las relaciones de la vida cotidiana: en el hogar, en el trabajo y en la escuela. Así, la Eucaristía vivida por toda la familia ayuda a cada persona a amar más a los demás, superando el egoísmo y el miedo.

Solo alimentándonos de esta verdad podemos encarnar verdaderamente a Cristo y permitirle habitar en nosotros, podemos dar sentido a nuestras vidas y a nuestras obras, lo que también implica cuestionar nuestra manera de practicar la caridad.

El verdadero riesgo de la caridad comienza no cuando arriesgamos nuestra propia vida, sino cuando damos limosna sin compromiso, cuando ofrecemos solidaridad sin reciprocidad, eligiendo las formas de pobreza menos incómodas y seleccionando a los necesitados según nuestras propias necesidades. La caridad no es cuestión de elecciones, porque no podemos elegir a las personas que llaman a nuestra puerta.

Jesús dijo que la piedra desechada por los constructores se convertiría en la piedra angular. ¿por qué hemos proclamado al mundo una iglesia de pobres, y nuestros pobres siguen permaneciendo a la puerta de nuestras iglesias, sin entrar, sin encontrar lugar? ¿Quizás porque son ruidosos y no saben hablar?

III. San Agustín en su obra *De Civitate Dei*, afirmaba la decadencia del Imperio Romano no se encuentra en el impacto externo de los bárbaros, sino en la decadencia moral de la cultura y la sociedad de la antigua Roma. Es la actitud de preferir la vanidad a la verdad. Ambas lógicas se oponen. La vanidad da primacía a las apariencias, a esa máscara tranquilizadora que enmascara intereses egoístas y perspectivas cortoplacistas tras grandilocuentes proclamaciones, midiéndolo todo por la aprobación de la mayoría. La verdad, en cambio, fundamenta las decisiones en valores permanentes, en la dignidad de cada persona ante su destino, tanto temporal como eterno.

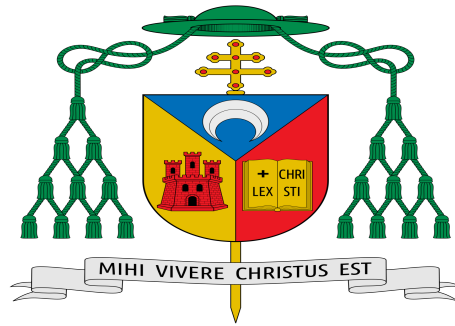


En este contexto cabe preguntarse ¿Qué significa participar del Cuerpo de Cristo en un mundo marcado por la injusticia, la violencia, la corrupción, la pobreza, la exclusión, la pérdida de sentido del bien común? ¿Puede la Eucaristía permanecer encerrada en el templo mientras millones de hombres y mujeres viven crucificados por sistemas económicos inhumanos, por guerras fratricidas o por la indiferencia social? ¿Es posible motivar, partiendo de la Eucaristía, el significado y las formas del compromiso cristiano y eclesial con la renovación de la cultura y la sociedad?

Sería un grave error pensar que cuando hablamos de la Eucaristía nos hallamos únicamente ante un acto religioso privado, separado de las tensiones de la historia, de las heridas sociales o de las crisis culturales de nuestra civilización. La Eucaristía no es un refugio espiritual frente al mundo, es el acontecimiento a partir del cual el mundo puede volver a comprenderse a sí mismo, porque en Ella no sólo se revela quién es Dios, se revela también quién es el hombre, qué significa vivir en sociedad y cuál es el destino último de la historia.

La Última Cena no solo es la cúspide y fuente de la vida de la comunidad cristiana, sino también compromiso con el servicio y el testimonio para renovar la cultura y la sociedad en la que se encuentra. ¿En qué consiste esta tarea? Consiste en obedecer el mandato del Señor: “Haced esto en memoria mía”. De ello se deduce que para el creyente la renovación de la cultura y la sociedad no es obra únicamente de manos humanas.

La respuesta de la tradición cristiana es clara: no existe auténtica vida eucarística sin compromiso con la transformación moral y social de la sociedad. El teólogo Henri de Lubac afirmaba que “La Eucaristía hace la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía”. La Iglesia nace del cuerpo entregado de Cristo y existe para prolongar en la historia esa lógica de donación. Si la Eucaristía construye la Iglesia, entonces también funda un modo nuevo de relación humana, porque no se trata de una asociación espiritual desligada del mundo, es el sacramento de la reconciliación de la humanidad. Por eso la Eucaristía posee inevitablemente una dimensión de regeneración social que hay que proclamar en la vida pública, no porque la Iglesia deba identificarse con proyectos ideológicos contingentes, sino porque el misterio



eucarístico contiene una antropología completa y, por tanto, una visión integral de la convivencia humana.

De este modo, la Eucaristía introduce al hombre en una lógica divina de la comunión, no una comunión sentimental, sino sacrificial; no unidad superficial, sino reconciliación nacida del amor, de la verdad y del perdón; Cristo no entrega simplemente algo suyo, se ofrece Él mismo: “Esto es mi cuerpo, entregado por vosotros”. Aquí se encuentra la clave de toda auténtica doctrina social cristiana, la sociedad no puede sostenerse únicamente sobre contratos, intereses o equilibrios de poder, necesita una base espiritual previa: el reconocimiento de la dignidad inviolable de la persona humana que no procede del consenso político ni de la utilidad económica, sino del hecho de que cada ser humano ha sido querido eternamente por Dios y redimido por la sangre de Cristo, por eso toda agresión contra el hombre es, en último término, una profanación de la persona en su significado más profundo. San Juan Crisóstomo preguntaba sus fieles: “¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo honres aquí en el templo con vestidos de seda mientras afuera lo abandonas en el frío y la desnudez”. Por tanto, la renovación de nuestra cultura y la sociedad no puede lograrse, sin esta comunión. Es en el testimonio de un destino compartido, de una solidaridad activa, donde la Iglesia se convierte en un lugar donde el Espíritu irrumpe para hacer presente en el tiempo el Evangelio del Resucitado.

No se puede evangelizar sino en comunión con toda la Iglesia, proclamando el Evangelio completo a todo el hombre y, al menos, esforzándose por llegar a cada uno. Esto significa que la renovación cultural y social que emana de la Eucaristía no puede realizarse a menos que se actúe según la inspiración de una ética de comunión y solidaridad. Donde prevalece la lógica del interés «particular», donde se olvida la exigencia moral de servir y promover al hombre en su totalidad en cada uno, especialmente en los grupos sociales más vulnerables, la renovación se limitaría a una operación superficial, sin fundamento ni credibilidad.

La Eucaristía no legitima ni el individualismo liberal absoluto ni el estatismo totalizante, ambos nacen de una antropología mutilada. El primero olvida la comunión, el segundo olvida la persona. La visión cristiana afirma simultáneamente la singularidad irreductible del individuo y su constitutiva apertura al otro. Persona

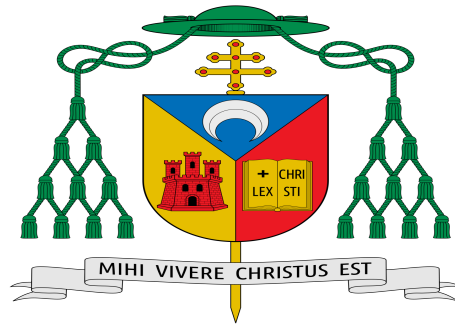


significa relación, y aquí tocamos quizás el drama más profundo de nuestra época: la soledad ontológica del hombre moderno. Nunca la humanidad estuvo tan conectada técnicamente y tan fragmentada espiritualmente.

En virtud de la fraternidad, la comunidad eucarística debe participar del destino del Siervo, convirtiéndose ella misma en servidora. Servir a la causa de Dios y a la renovación de la sociedad a la luz del Evangelio no es cuestión de triunfalismo ni de conquistas fáciles. El Evangelio se hace presente dondequiera que el pueblo de Dios completa la pasión del Hijo del Hombre en su carne. La Eucaristía nunca es un acto puramente privado, cada “Amén” pronunciado ante el Cuerpo de Cristo implica aceptar una responsabilidad histórica. No podemos adorar a Cristo en el sagrario y despreciarlo en el pobre o en el inmigrante; no podemos cantar “Cordero de Dios” y luego justificar discursos de odio; no podemos pedir paz mientras alimentamos resentimientos ideológicos; no podemos acercarnos a comulgar ignorando deliberadamente el sufrimiento social de nuestros pueblos.

La gran tarea histórica del cristianismo contemporáneo consiste en reconstruir una civilización de la comunión en medio de una cultura fragmentada, no mediante nostalgia del pasado ni a través de la conquista ideológica del poder, sino mediante la irradiación concreta de una humanidad transformada por Cristo. El futuro del mundo dependerá, en gran medida, de si el hombre contemporáneo redescubre nuevamente la capacidad de adorar, porque quien no adora a Dios termina buscando sustitutos de salvación: ideologías, nacionalismos, consumismo, tecnocracia, hedonismo o absolutización del poder político, y ninguna realidad finita puede soportar el peso de una esperanza infinita. En la Última Cena no aparece el poder del imperio, ni el prestigio intelectual, ni la riqueza; aparece el amor que se dona. Benedicto XVI en la Exhortación apostólica *Sacramentum Caritatis* decía que “una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma”. Una fiesta del *Corpus Christi* que no produzca en nosotros deseos de justicia, misericordia y solidaridad quedaría espiritualmente incompleta.

Pensemos en nuestra ciudad, aquí encontramos personas y familias vulnerables, frágiles, pobres, enfermas, que viven un vacío existencial, muchas de ellas jóvenes. Cuántos encuentros, cuántas familias frágiles, cuántas mujeres y hombres combaten



contra las múltiples formas de depresión actuales, cuántas personas con profundas heridas afectivas, cuántas separaciones y divorcios, cuántos desempleados, cuántos trabajadores precarios... a veces de por vida. Tanto dolor, y tantas noches de abismo que despiertan el deseo de llenarlo con un proyecto de camino hacia la luz, de empezar de nuevo para habitar fructíferamente la casa de la vida, y hallar alas en medio de la intemperie, emerger de las trincheras, con humildad y valentía, en nombre de la esperanza que se encuentra en los ojos y corazones de quienes viven en la calle y son capaces de hablar de Dios sin necesidad de palabras. El Señor se deja abrazar por todos, pero no se deja aprisionar por nadie.

¿Cómo inspira la Eucaristía las relaciones de ayuda, acompañamiento y cuidado? Cuando somos capaces de unir nuestra voz a la de Cristo: «Este es mi cuerpo». Es imposible comprender la Eucaristía sin volver a la encarnación y vida de Jesús en un cuerpo similar al nuestro. Jesús toca y se deja tocar, acaricia y se deja acariciar, ve y hace ver a los demás, siente y hace sentir a los demás. Siempre se nos ha enseñado a buscar el cielo más allá de la tierra, en una vida después de la muerte, en un mundo exterior, pero en nuestra sociedad actual hemos querido invertir esta perspectiva y buscar el cielo no más allá de la vida, sino dentro de la tierra. Aquí, algunos han elegido detenerse, ensuciarse las manos con la tierra y buscar, incluso en la más profunda oscuridad, el azul de un cielo donde asome la esperanza.

La Iglesia no transformará el mundo simplemente mediante estrategias sociológicas o discursos políticos, lo cambiará formando santos, hombres y mujeres tan habitados por Cristo que se vuelvan incapaces de vivir para sí mismos. La historia demuestra que las grandes renovaciones sociales nacieron de profundas renovaciones espirituales. Francisco de Asís, Ignacio de Loyola, Teresa de Ávila, Vicente de Paúl, Teresa de Calcuta, todos ellos comprendieron que la Eucaristía no es evasión del mundo, sino el fuego capaz de transfigurarlo.

Hoy tenemos la experiencia de muchas personas que, en algún momento de su vida, optaron por alimentarse del «pan equivocado» (Isaías 55,1-2), en una sociedad que cobra tantas víctimas al promover agresivamente los mitos de las apariencias en lugar de la confianza, la autenticidad y la concreción del ser. En nuestras ciudades, encontramos personas que, en su anhelo de afecto y en su búsqueda de caminos



interiores, han elegido, en soledad, atajos donde se han perdido..., conduciéndoles lejos de Dios. Dostoyevski en *Los hermanos Karamázov* afirmó: “Si Dios no existe, todo está permitido.” No porque el ateo sea incapaz de moralidad, sino porque una civilización sin trascendencia pierde lentamente el fundamento último de la dignidad humana.

La Eucaristía, en cambio, es resistencia contra el nihilismo, éste no consiste simplemente en negar a Dios, sino en perder el sentido objetivo del bien, de la verdad y de la belleza. Cuando todo se vuelve relativo, el poder termina ocupando el lugar de la verdad, entonces triunfa la manipulación: la información sustituye a la sabiduría; la opinión reemplaza a la verdad; la propaganda sustituye al pensamiento. La Eucaristía se opone radicalmente a esta desintegración porque afirma que la verdad no es una construcción arbitraria, sino una Persona, Cristo. Y esa verdad se manifiesta bajo la forma paradójica de la humildad sacramental. La Eucaristía responde precisamente a esta crisis de sentido, porque allí descubrimos que el centro del universo no es el poder sino el sacrificio; no la dominación sino el amor; no el éxito sino la entrega.

Desde la calle es más fácil ver y respirar las estrellas, es más sencillo alzar la mirada, cambiar de vida, resurgir; no solo por solidaridad, para ofrecer a quienes han sido marginados la oportunidad de renacer, sino también para ayudarnos a nosotros mismos, a las comunidades de creyentes, a reflexionar, a abandonar miedos y refugios. En una época herida por la prisa, el desencanto y el olvido de lo sagrado, la próxima visita del Santo Padre - signo visible de unidad para la Iglesia y principio de comunión en la caridad - se eleva como una invitación a alzar de nuevo la mirada, hacia la fe que sostuvo y sostiene a nuestra Nación, hacia la Eucaristía donde un pueblo vuelve a reconocerse unido en un mismo pan y una misma esperanza, porque las naciones no mueren cuando pierden su riqueza o su fuerza, sino cuando dejan de mirar hacia lo alto: España, ¡alza la mira hacia lo eterno, y recordarás de nuevo el alma que te hizo grande! En el alma de nuestra tierra aún perduran manos que sostienen al pueblo sin buscar gloria: manos gastadas por la entrega, por la oración callada y por el servicio humilde. Las manos de un sacerdote, las manos de un consagrado o consagrada, las manos de aquellos que hacen de la generosidad el sentido de su vida, Dios las reconoce de inmediato, porque siempre están libres,

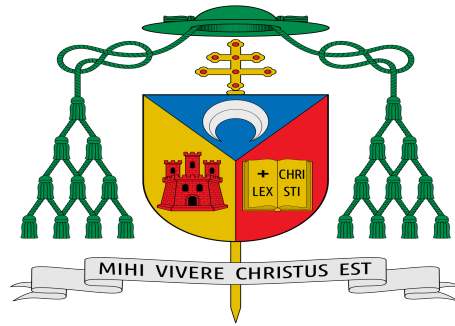


vacías, abiertas a servir. Manos que deben vaciarse... dejarlo todo atrás. «Dejarlo todo atrás», para no perder el Reino de Dios.

En la solemnidad del *Corpus Christi* la Iglesia no solo adora el misterio inmenso de un Dios que se hace Pan; también contempla la consecuencia más verdadera de ese milagro: quien recibe el Cuerpo de Cristo aprende a reconocerlo en el cuerpo herido de los pobres ¿Servimos verdaderamente a los pobres? ¿Cómo? Recordándome que allí donde alguien comparte, consuela o acompaña, el *Corpus* sigue caminando por las calles de la humanidad. Se trata de iniciar un camino que me lleva fuera de mí mismo para entrar en la vida de Cristo y encontrarme con el pobre en Cristo. Corremos el riesgo de construir templos hermosos mientras toleramos estructuras sociales donde millones de personas carecen de trabajo digno, educación o acceso a la salud. Y aquí debemos comprender algo esencial: la Eucaristía no inspira simplemente actos individuales de caridad, cuestiona también los pecados estructurales de la sociedad.

San Juan Pablo II habló repetidamente de las “estructuras de pecado”, Benedicto XVI denunció la “dictadura del relativismo”, el papa Francisco advierte sobre una “economía que mata”, el papa León XIV del “subjetivismo filosófico y moral”. Distintos pontífices, distintas épocas, pero un mismo diagnóstico espiritual: cuando Dios desaparece del horizonte humano, el hombre se convierte en un lobo para el hombre, como afirmaba el filósofo Hobbes.

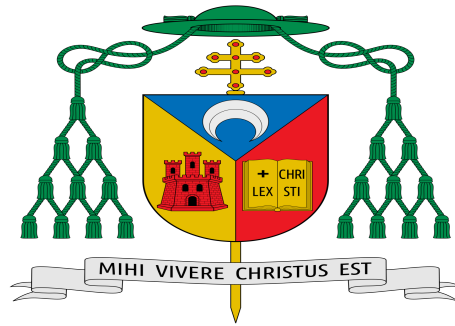
Este encuentro de hoy, con motivo del Pregón del *Corpus*, debe ser convertirse en un momento de comunión, un encuentro de corazón a corazón. El hecho de que Jesús «se quitara las vestiduras» significa que en ese momento miró a Judas, pero también a Pedro y a cada uno de sus seguidores con ojos diferentes, y se despojó de la carga de las expectativas que tenía sobre ellos, y besó sus pies. Aquel que se presenta a las puertas de nuestras ciudades, iglesias, casas no es una figura, una coincidencia, una noticia, un pie sucio, es el rostro de un hijo, de una hija, esperando un abrazo, una tierna atención, con una devoción similar a la de cada uno de nosotros cuando nos encontramos ante la Presencia Eucarística. Antes de todo valor teórico, antes de todo ideal elevado, están los nombres, los rostros, las historias, no los pobres genéricos, sino aquellos que encuentro; no los enfermos, sino los rostros marcados por el dolor



de cada uno de ellos; no los problemas sociales, sino las historias concretas de aquellos con quienes nos cruzamos en el camino. ¡Pero cuánto esfuerzo se requiere en este viaje! Buscar el rostro, contemplar el rostro: un tesoro de ternura y temor, de soledad y esperanza.

¿Cómo ayuda la Eucaristía a construir la fraternidad sin excluir de ella a nadie: a los pobres, a los inmigrantes, a los refugiados, a las personas con discapacidad, a los no nacidos, a los ancianos olvidados, a los que perdido completamente el sentido de sus vidas? El sueño de Jesús es el de una sola familia humana, aunque diversa en pueblos, culturas, lenguas e incluso en búsquedas espirituales. Dondequiera que se niega la diversidad se mata la libertad, un don sublime de Dios. Hoy, muchas leyes y decisiones son anticatólicas porque van en contra del proyecto cristiano del bien común, que se construye eliminando las desigualdades y respetando devotamente la dignidad de cada hombre y mujer. Se trata de comprender qué visión del hombre sostiene nuestras instituciones, nuestras leyes y nuestras economías. Cuando el hombre es reducido a consumidor, la sociedad se vuelve mercado; cuando es reducido a productor, se vuelve maquinaria económica; cuando es reducido a dato biológico, se vuelve material manipulable, pero cuando el hombre es reconocido como imagen de Dios, toda la realidad social cambia de fundamento.

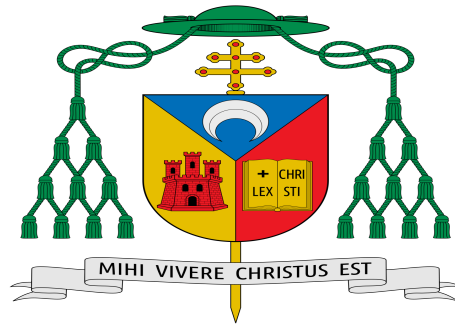
Si, como afirma el Concilio Vaticano II, la Iglesia es «signo y sacramento de la unidad del género humano», la comunidad eclesial apunta a otra comunidad, a otro hogar, una comunidad a la que pertenecemos de una manera más fundamental, un hogar donde descubrimos nuestra identidad más profunda. Ciertamente, la Iglesia es una comunidad, pero no puede permanecer encerrada en sí misma; es una comunidad que debe apuntar más allá de sí misma. Si da la impresión de ser un fin en sí misma, dejará de ser sacramental. Cuando el sacerdote dice: “Podéis ir en paz”, no está clausurando una ceremonia, está enviando la Iglesia al corazón del mundo: a las universidades, a las fábricas, a los parlamentos, a los barrios pobres, a los medios de comunicación, a los lugares donde se decide el destino de los pueblos. La misión del cristiano no consiste en huir de la historia, sino en transfigurarla desde dentro con la lógica del Evangelio. Nuestra participación en la Eucaristía debe hacernos hombres y



mujeres capaces de vivir una fe encarnada, intelectualmente seria, espiritualmente profunda y socialmente comprometida.

¿Cómo podríamos ser cristianos, cómo podríamos vivir del pan eucarístico, sin tender la mano a todos los excluidos, a los marginados a quienes se han alejado por desconfianza, cansancio o han perdido la esperanza? Creo que son precisamente ellos, los pobres, quienes ofrecen la ocasión para restaurar nuestra fe, es decir, el corazón de la Iglesia. Una Iglesia cercana a los pobres es una Iglesia que demuestra su fe, incluso antes que su caridad; es una Iglesia que conoce y lee la autenticidad de la presencia de su Señor. No podemos hablar de caridad si antes no redescubrimos nuestro corazón en la fe. Es la fe, incluso antes que la caridad, lo que la Iglesia necesita con tanta urgencia hoy. La Hostia que adoramos en la Custodia de Arfe alude a esas manos que llaman, y ese pan partido alude a esa necesidad de justicia social que interpela al mundo.

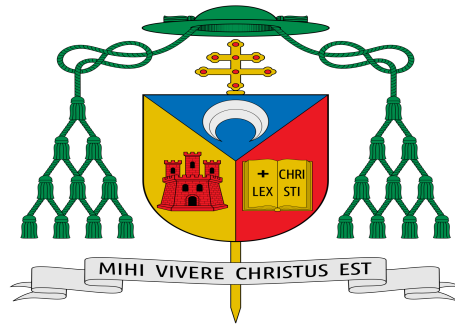
El *Corpus Christi* es una invitación a convertir la fe en caridad viva, la oración en servicio y la adoración en entrega concreta. Vosotros, jóvenes, no os desaniméis jamás, la humanidad necesita «jóvenes despiertos, deseosos de responder al sueño de Dios y a todas las aspiraciones del corazón» (Vigilia de la JMJ). Ustedes, familias, que son una Iglesia doméstica y una escuela de vida acogedora en todas sus etapas, permítanse ser encontradas por el Señor y conserven su amistad con Él: una familia que ora jamás sentirá la desesperación ni caerá presa de la discordia y la división. A las personas consagradas va nuestra gratitud: necesitamos vuestras oraciones, que nos dicen que Dios basta para llenar nuestros corazones. A las monjas de clausura, que han elegido el perímetro de sus monasterios como su mundo, sed centinelas vigilantes en el crepúsculo, presagio del amanecer. A los sacerdotes de nuestra Archidiócesis presentes en nuestros pueblos cada día, reafirmemos nuestra estima y amistad; a ellos les pedimos que nunca les falte el afecto y dedicación al pueblo de Dios. A nuestra amada tierra de Castilla La Mancha, a todos aquellos que observan con esperanza este gran cenáculo reunido hoy en el claustro de Covarrubias de San Pedro Mártir, expresémosle nuestra sincera cercanía, nuestro profundo afecto por esta tierra y por sus gentes. Somos hijos de una Iglesia con experiencia en humanidad: nuestra voz es discreta, pero ahora —como una vela en alta mar, impulsada por el viento del



Espíritu— cobra fuerza y proclama: «¡Hombres que nos escuchan! ¡Nuestra alegría es grande y su nombre es Jesús!».

¡Ahora es vuestro turno!, Dejaos tocar por el amor del Dios fiel, que «inventó» la Eucaristía para estar siempre con nosotros, sentiréis la necesidad de agradecerle desde lo más profundo de vuestro corazón, junto con todos los que creen, aman y esperan como vosotros, y de hacerlo viviendo la Eucaristía cada día con fidelidad y compromiso en vuestra comunidad. También descubriréis la alegría de visitar a Jesús en la Eucaristía, deteniéndote ante el sagrario para un momento de adoración, diciéndole palabras de amor y escuchándolo hablar a tu corazón. Entonces experimentarán la petición de una hermosa oración de San Juan Pablo II, quien nos invitó a dedicar un año entero a la Eucaristía, precisamente para redescubrir su necesidad y belleza para la vida de todos: «¡Quédate con nosotros, Señor! Como los dos discípulos del Evangelio, te imploramos: ¡Quédate con nosotros! Tú, divino Viajero, experto en nuestros caminos y concededor de nuestros corazones, no nos dejes prisioneros de las sombras del atardecer. Sostennos en nuestro cansancio, perdona nuestros pecados, guía nuestros pasos por el camino del bien. Bendice a los niños, a los jóvenes, a los ancianos, a las familias, especialmente a los enfermos. Bendice a los sacerdotes y a las personas consagradas. Bendice a toda la humanidad. En la Eucaristía, te has convertido en la "medicina de la inmortalidad": danos el gusto de una vida plena que nos haga caminar por esta tierra como peregrinos confiados y alegres, siempre con la mirada puesta en la meta de la vida que no tiene fin. ¡Quédate con nosotros, Señor! ¡Quédate con nosotros!»

Cada vez que os encontréis con Cristo, tras reconocer a Jesús en la fracción del pan y recibirlo en vuestro interior, decidle, mirando la semana que comienza: «Quédate con nosotros, Señor». Y que podáis repetírselo al atardecer: «Quédate con nosotros, porque el día llega a su fin», para entrar con Él en el día imperecedero de la eterna belleza de Dios. Allí celebraremos eternamente la acción de gracias del amor infinito en torno al Cordero sacrificado por nosotros, que se yergue como el glorioso vencedor del mal y de la muerte, Cristo el Señor. Renovemos juntos nuestra alegría y anticipemos en nuestro presente algo del octavo y espléndido día, el radiante y resplandeciente día del Domingo eterno, donde la Belleza de Dios brilla sin cesar.



Miremos a María, mujer eucarística, silenciosa custodia del Amor hecho carne, Ella, que llevó a Jesús en su seno como primer sagrario de la historia, nos enseña a acogerlo con humildad, adorarlo con pureza y entregarlo al mundo con ternura. El Señor os conceda la gracia de vivir adorando, sirviendo y amando, hasta que toda vuestra existencia se convierta en una humilde procesión de fe y caridad detrás de Cristo, Pan de Vida para el mundo.

+ Alejandro Arellano Cedillo